

GACETA MEDICA DE MEXICO

ORGANO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

Registrado como artículo de 2ª clase en la Administración de Correos de México, D. F.
con fecha 21 de marzo de 1939

TOMO LXXXIII

ENERO-FEBRERO DE 1953

NÚM. 1

DISCURSO DEL DR. SALVADOR ACEVES, PRESIDENTE ENTRANTE DE LA ACADEMIA

Señor Secretario de Salubridad y Asistencia, señor Presidente, señores Académicos, señoras y señores:

Hace poco más de 12 años que fui admitido como miembro activo en el seno de esta H. Academia. Entonces en respuesta a la afectuosa y cordial bienvenida con que me recibió el doctor Manuel Martínez Báez, a la sazón su presidente, dije lleno de emoción que eran la liberalidad y la benevolencia de la Academia los que me abrían sus puertas antes de que mis merecimientos me autorizaran a transponer su umbral.

Han transcurrido 12 años, durante los cuales he procurado ser leal a los principios de probidad científica y profesional que orientan y rigen nuestra academia y he trabajado en la medida de mis pobres capacidades por su engrandecimiento y dignidad. En esos 12 años, he podido verificar lo que ya suponía: la importancia científica de nuestra institución y la justificación de que sea aceptada sin reservas no sólo como la más antigua sino también como la más importante y selecta agrupación médica en el sentido que se da actualmente a una academia: corporación que tiene por objeto el cultivo y progreso de las ciencias o el arte por puro apego y amor desinteresado a los mismos y sin fin utilitario alguno. Me he podido percatar también de que, a una larguísima distancia del ancestro lejano, la academia de Platón, a pesar de los fines inmediatos distintos, todavía presiden nuestra Academia los principios que Cicerón atribuía a la que se congregaba en el jardín de Academos: "no interponer como definitiva la propia opinión, aprobar lo que parezca más probable, comparar y cotejar, una frente a otra, diferentes opiniones, ver lo que en cualquier sentido pueda significar adelanto y, sin pretender dogmatizar, dejar libre el juicio de los que escuchan".

Pero no intento hacer una exposición histórica erudita, que fué hecha con mayor autoridad hace años cuando el doctor José Joaquín Izquierdo, en momentos análogos a los que vivo, dijo su discurso ritual al hacerse cargo

de la presidencia en el año de 1946. Mi intención era sólo la de decir que ahora en el 13º año de mi vida académica me encuentro tan desprovisto de merecimientos para presidirla, como el primer día me encontré para ingresar a ella. Que la vida que en este tiempo me ha dejado experiencia, satisfacciones, dolor, tal vez ha puesto un poco de serenidad en mi natural vehemente, quizá me ha dejado también un conocimiento de la vanidad que existe en muchos casos que llegamos a anhelar con ansia; me ha dado todo esto; pero no me permitió o mi capacidad no hizo posible acumular una obra de suficiente altura para que yo pudiera llegar como resultado de un fenómeno natural a presidir los trabajos de la Academia Nacional de Medicina. Nuevamente, por tanto, llego a este punto estremecido por igual emoción que a mi ingreso conciente, como entonces, de que es vuestra benevolencia la que ha guiado vuestro voto y de que no puedo sino sentir superior a mis prendas científicas el alcanzar lo que a mi juicio es la más señalada distinción que en nuestro medio se puede otorgar a un médico. Nuevamente este galardón inmerecido compromete mi empeño y mi dedicación que consagraré sin regateos para el beneficio de nuestra Institución "sin prisa; pero también sin descanso". Entramos al 89º año de sus trabajos y me toca el honor de orientarlos y dirigirlos por el término de un año que parecería más breve que un parpadeo en el eterno devenir del tiempo; pero que es penoso y largo cuando durante ese período se lleva la responsabilidad de dirigir y la obligación de despejar el camino, y de sostener la vida a Institución tan rica en tradición y tan pobre en medios materiales.

Iniciamos este ciclo en momentos realmente estelares para la medicina, en instantes en que ésta alcanza objetivos que antes habrían parecido inasequibles ya sea en el campo del conocimiento puro o ya en el de la terapéutica y la aplicación práctica.

Les tocó a los médicos de mi generación la terminación de la época un tanto empírica — o la que sucedió inmediatamente —, en las que los médicos habían de estar capacitados para afrontar por igual cualquier problema profesional práctico; vimos así el nacimiento o los primeros pasos en nuestro medio de especialidades. Creímos entonces que aquí se encontraban el secreto del progreso y el objetivo final de la medicina. Se pensó que el limitar el campo y el profundizar tanto más cuanto mayor fuera la restricción del perímetro de nuestro conocimiento, sería lo único que permitiera llegar lejos o calar hondo. No importaba que se ignoraran muchas cosas esenciales, y que el concentrar la mirada en un punto impidiera gozar de la amplitud del panorama. Vivimos ahora un momento tal que a causa de esa limitación que permitió alcanzar profundidad — o a pesar

de ella — se ha visto que mientras más se profundiza en un punto, tanto más las raíces del objeto de estudio se extienden, se amplían, se entremezclan y se tejen de modo indisoluble con los puntos próximos y con las de cuestiones en apariencia distantes como en el fondo se tejen y se abrazan los raigambres de árboles que emergen a la superficie con troncos independientes y apartados.

Así nos percatamos de que la restricción a un punto limitado, acaba por ser imposible y que el estudio de la medicina requiere el conocimiento de un perímetro muy amplio. Por ejemplo: los trastornos circulatorios llevados a sus últimas consecuencias terminan en desarreglos de la nutrición celular; ésta acaba por comprometer el funcionamiento de los diversos órganos y en estas circunstancias, según expresa Blumgart, “el estudio de los trastornos cardiovasculares casi ha dejado de ser una especialidad y más bien abarca toda la medicina y es abrazada a su vez por ella”. Y este no es sino un ejemplo que podría encontrar réplica o equivalente considerando el problema desde otros tantos ángulos. Pero hay más: esto no sólo es aplicable a las diversas especialidades médicas sino al conocimiento en general, cada día se descubren más aplicaciones de las matemáticas y se hace más necesario el conocimiento de la física y de la química para la explicación y la comprensión de fenómenos que antes sólo se explicaban de modo empírico y superficial. He aquí pues cómo la especialización que parecía conducir a una sistematización simplificada ha acabado por llevar a la necesidad, de nuevo, de amplios conocimientos generales. No quiere esto decir que el especialista deba estar obligado a atesorar todos los conocimientos al alcance de la mente humana; pero sí debe señalar claramente que ya la especialización no puede seguir siendo un escudo para ignorar todo lo que no concierna superficial y directamente al punto de la especialización. El médico continuará ejerciendo en éste; pero, salvo que ejerza mal, tendrá que saber, y saber bien, otras muchas, muchísimas cosas. Este es, a mi juicio, el perfil que caracteriza la medicina en nuestros días, cada vez más amplia, más científica, pero cada día más agobiadoramente difícil. Y este concepto que influye sobre el modo de ejercer la profesión, debe naturalmente repercutir sobre el modo de preparar a los médicos del futuro.

Y es en este momento, que podría llamarse estelar en el desarrollo de la medicina, cuando yo alcanzo inmerecidamente el honor de encauzar durante un año las tareas científicas de la Academia Nacional de Medicina.

Hablaba antes, de sus recursos materiales e insisto ahora en su pobreza:

Porque son realmente precarios los medios que la Academia tiene para sostener su vida: se acoge a la hospitalidad que le ha brindado la Facultad

de Medicina en sus salones y sostiene sus limitadísimos gastos con las cuotas de sus socios y la modestísima asignación que le ha señalado la Secretaría de Educación desde que el licenciado Eduardo Vasconcelos fué titular de la misma y el maestro Chávez era presidente de la Institución, y la que la Secretaría de Salubridad y Asistencia le proporciona desde que el doctor Gabriel Malda, quien era jefe del entonces Departamento de Salubridad, se sirvió concederle.

Nunca ha tenido recursos para organizar siquiera su biblioteca, y la aparición de su revista, la GACETA MÉDICA DE MÉXICO, se hace más difícil cada día a medida que el papel y la impresión encarecen, en oposición a los arbitrios de la Academia, que siguen rígidos y cada vez más insuficientes para los fines a que se destinan.

De estos tópicos tal vez sea más oportuno tratar en el curso de las sesiones del año y tal vez también, para poder llenar el amplio foso entre los objetivos mínimos y los pobres medios, haya que echar mano nuevamente de las medidas extraordinarias puestas en juego el año pasado por el ilustre presidente saliente, doctor Luis Gutiérrez Villegas.

Es pertinente que en esta ocasión solemne exprese una vez más lo que es convicción de todos los académicos: que tal como el año pasado se hizo evidente ampliando el número de plazas y aumentando el número de secciones nuestra Academia, en este año se preservará el propósito de hacer patente que no es la Academia asociación hermética ni recinto cerrado, sino Institución accesible y abierta a vientos de renovación y preocupada siempre por propósitos de progreso.

Por todos los medios a mi alcance intentaré que no decaiga el entusiasmo por el trabajo, ni languidezcan las actividades de la Academia y procuraré que las sesiones sean en sí un atractivo para tener siempre una asistencia copiosa de socios. Nada de esto será posible, sin embargo, si no cuento con el apoyo y la cooperación de los señores académicos que me honraron con su voto.

Por último necesito decir que el honor que me otorgaron ha sido mayor aún por haberme tocado suceder en la presidencia al doctor Luis Gutiérrez Villegas, quien, además de las relevantes cualidades científicas que todos le conocemos, ha sido un ejemplar presidente de la Academia por el celo invariable en el cumplimiento de sus funciones, por su dinamismo, por su capacidad de dirección, por su prudencia y por el tacto ejemplar para tratar toda suerte de problemas. Creo que en todo esto el acuerdo es unánime y que si por ello es mayor el honor que he alcanzado, es a su vez más grande también el compromiso que he contraído.